

“Sire, el reinado de la justicia es el de los grandes reyes. Electo por la nacion, rey de las barricadas, os pido justicia en nombre de mi desgraciado hijo, la pido en nombre de cien personas, víctimas como él de la mas criminal atrocidad.

“El sábado 12 de Abril, entre doce y una, tomó mi hijo algun dinero; é iba á juntarse con su madre y mi hijo mayor que habian partido á la aldea de Écally. Lo detienen los vecinos y amigos preguntándole á dónde va. Entra un momento en casa de MM. Véron y Nerard, calle Profetée, número 7, donde estaba otro amigo, el Sr. Prost; estos señores estaban con sus esposas; entretanto, entran las tropas en Vaise; pronto se apoderan de todas las salidas del departamento, entonces los soldados del 28.º de línea y del 13.º ligero, y los zapadores ingenieros echan abajo las puertas y penetran en las casas.

“Atraviesan á bayonetazos y balazos á mi hijo, Véron y Prost; espiran en los corredores, y, al pié de la escalera, el Sr. Nerard, solo, se salva como por milagro: al mismo tiempo una multitud de personas inofensivas perecen en la vecindad. El Sr. Loquet, maestro cerrajero, que vive en el camino Tarare, núm. 7, es herido mortalmente en su casa con la señora Saunier; era un anciano de sesenta y dos años.

“Vaise, arrabal de Lyon, 12 de Mayo de 1834.

“*Lauvergnat*, fabricante de mantas.”

Se dirigió otra peticion por los propietarios lyoneses al rey, de la propiedad, y á esta se le hizo justicia; verdad es que en ella se leia esta frase que pinta toda una época:

“El gobierno no querrá que el triunfo del orden cueste lágrimas y duelos. Sabe que el tiempo, que borra insensi-

blemente *las pérdidas personales*, es impotente para hacer olvidar *las pérdidas de fortuna, las devastaciones materiales.*”

El rey fué de esta opinion: la muerte de la princesa María y del duque de Orleans, castigó al padre.

## CAPÍTULO XI.

**E**N Paris no fué menos terrible la carnicería. Despues de haber derribado las barricadas de la puerta Saint-Martin, y dispersado á los que las defendian, se internaron las fuerzas militares en las calles de Boubourg, Transnonain, Grenier-Saint-Lazare y Michel-le-Comte.

Despues de una vigorosa resistencia quitaron las barricadas que obstruian estas calles, y comenzó la matanza.

Esta mortandad dió lugar á una informacion judicial: no nos atrevemos á contar, citamos:

“Introducen á madama de Aubigny; despues de las formalidades de costumbre.

—“Contad lo que habeis visto, dice el presidente.

*Madama de Aubigny.*—“A las cinco, ha llegado la tropa por la calle de Montmorency; hizo un fuego sostenido y se apoderó de la barricada.

“Pero despues vino otro peloton de revoltosos por la calle

Transnonain, con zapadores por delante; quisieron romper la puerta de nuestra casa cuya solidez es extrema.

—“Es la línea! esclamaron en la casa; ah! he aquí á nuestros libertadores, estamos salvados!

“Nos precipitamos entonces, M. Guitard, mi marido y yo, para abrir la puerta; en un momento bajamos la escalera. Mas lista que estos dos señores, me arrojé al garito de la portera y jalé el cordón: se abre la puerta; los soldados se precipitan al corredor, dan media vuelta á la derecha, y hieren á mi marido y á M. Guitard. Al llegar al pié de la escalera, caen bajo una granizada de balas; es tal la esplosion que los vidrios del garito, del que no habia tenido tiempo de salir, volaron en fragmentos. Tuve entonces un momento de vértigo, y no se me pasó sino para dejarme ver el cuerpo inanimado de mi marido, tendido junto al de M. Guitard, cuya cabeza estaba casi separada del cuello por los numerosos balazos que le habian dado. Los soldados, con un oficial á la cabeza, rápidos como el rayo, pasaron al segundo piso; una puerta gruesa, de dos hojas, ha cedido á sus esfuerzos, otra puerta envidriada resiste aun; se presentó un anciano y la abrió, era M. Breffort, padre.

—“Somos, dice al oficial, hombres pacíficos y sin armas, no nos asesineis!

—“Aun no habia concluido cayó atravesado por tres bayonetazos. Grita, pide socorro.—Miserable, le dice el oficial, si no te callas te acabo de matar!

“A los gritos de M. Breffort, Anita Bresson corre de una pieza vecina para socorrerlo, pero un soldado se le encara, le mete su bayoneta bajo la quijada, y, en esta posicion, le deja ir el tiro cuya esplosion lanza los fragmentos de su cabeza hasta las paredes del cuarto. La seguia un jóven, M. Henrique Larivière; le tiran tan de cerca que, mientras la bala penetra en sus pulmones, el fuego prende su ropa; pero como no está sino herido mortalmente, el soldado se encarna con él; de un bayonetazo divide transversalmente la

piel de su frente y descubre el cráneo; al mismo tiempo lo hieren en veinte lugares diferentes. Ya no era la pieza mas que un mar de sangre. M. Beffort que, apesar de sus heridas, habia tenido fuerza para refugiarse en una alcoba lo persiguieron los soldados; madama Bonneville lo cubrió con su cuerpo, y con los piés en la sangre, y las manos levantadas al cielo, les gritó:

—“Toda mi familia está tendida á vuestros piés: ya no hay nadie á quien matar mas que á mí! Y cinco bayonetazos traspasaron sus brazos y desgarraron sus manos.

—“En el cuarto piso, los soldados que acababan de matar á M. Lépine y M. de Ropiquet, les decian á sus mujeres:

—“¡Pobres mujercitas! sois muy dignas de lástima, tanto como vuestros maridos! pero somos mandados; nos vemos forzados á obedecer las órdenes; somos tan desgraciados como vosotras.”

Estas órdenes terribles, inexorables, quién las daba?

Quizá se crea que madama de Aubigny haya exagerado, *en la poesia*, como dedian los jueces, *en el entusiasmo*, como decian los cortesanos. Escuchemos otro testigo:

*Anita Vachée.*— A las diez y media de la noche, vino Luis Breffort á acostarse conmigo. Tuvimos una noche agitada. A las cinco de la mañana, M. Larivière, que habia pasado la noche en el segundo piso, en casa de M. Breffort, padre, subió á darnos los buenos dias. Nos dijo que habia dormido muy mal, y que toda la noche habia oido gritar. Una voz que venia de abajo llamó á Luis, era su padre. M. Larivière bajó y dijo que iba á venir. Luis estaba vistiéndose; yo estaba medio vestida, cuando, oyendo mucho ruido en la escalera, me llevó la curiosidad al cuarto piso.

—“Adónde vas? me gritaron los soldados.

“Espantada no tuve fuerzas para responder.

—“Abre tu chal, gritó uno de ellos.

“Abrí mi chal; me tiran y hierran; entonces me escapé.

—“Detente! me gritan aun, y me tiran otro balazo; doy un grito penetrante, y llego con trabajo á la puerta de Luis.

—“Estás herida? me preguntó cerrando la puerta tras de mi.

—“Creo que no; me han tirado tan de cerca, que no me hubieran herrado; creo que no tienen bala sus fusiles, sino solo pólvora.

—“Cómo! no tienen balas, pero tu chal está atravesado en muchas partes.

—“Dios mio! nos van á matar! Luis! Luis! ocultémonos; aguarda, aguarda, procuremos subir al techado, nos ayudaremos mutuamente.

—“Tranquilízate, dijo Luis, no se mata á la gente así no mas; voy á hablarles.

“Ya golpeaban la puerta los soldados.

“Luis se las abre.

—“Señores! esclama, qué quereis? No nos mateis; estoy con una mujer; acabamos de levantarnos; haced pesquisas y vereis como no soy malhechor.

“Un soldado le ajusta un tiro, y cae de cara contra el suelo.

“Arroja un grito. Ah!

“El soldado le da dos ó tres culatazos en la cabeza; lo voltea con el pié para asegurarse que está bien muerto. Yo me arrojo sobre el cuerpo de mi amante.

—“Luis! Luis! esclamé; ah! si me oyes!...

“Un soldado me echó al suelo; cuando me levanté habian desaparecido los soldados; me puse á escuchar y oí que venian otra vez hácia el cuarto; tuve miedo y me metí debajo de los colchones.

—“Ya no hay aquí nadie á quien matar? dijo una voz; busca debajo de los colchones.

—“No, respondió otra, acabo de ver; tu sabes que no hay mas de uno, y ese está bien muerto.”

Pero acaso Anita Vachée, exasperada por la pérdida de su amante, haya exagerado un poco su testimonio.

Veamos lo que dice madama Heu:

*Madama Heu.*—“Desde la víspera habiamos estado diez y seis personas entre hombres y mujeres, en el gabinete ocupado por madama Bouton; nos refugiamos allí luego que los sitiados nos amenazaron con invadir la casa, pues eran los únicos á quienes temíamos; no podíamos temer á la tropa: por qué?

“Estábamos unos sobre otros. M. Bouton nos habia hablado tantas veces de sus campañas, de los peligros que habia corrido, que nos creíamos mas seguros junto á él: era muy natural.

“Habíamos todavía trece personas cuando las tropas quisieron echar abajo la puerta; se nos heló la sangre en las venas: madama Godefroy era la que estaba mas cerca de la puerta; tenia un niño de quince meses en los brazos; despues de ella estaba M. Heu, mi marido, que tambien traia á nuestro hijo en los suyos. Madama Godefroy no queria abrir.

—“Abrid! abrid! dijo mi marido, que vean estos señores.

“Presenta al niño.

“Abren.

—“Veis, les dice, aquí no habemos mas de padres y madres, todos pacíficos, tengo un hermano que tambien es soldado bajo las banderas de Alger.

“Aun no acababa cuando ya habian sacado á madama Godefroy al corredor; M. Heu, herido mortalmente, cae con su hijo sobre el costado derecho; el niño tenia los brazos hechos pedazos de un balazo; una inspiracion de madre me lo hizo arrancar de los brazos de mi marido, y, echándome hácia atras, caigo desvanecida en una regilla que estaba detras de mí. Entonces mi marido, que ya estaba en el suelo es herido en la espalda por veinte y dos balazos y bayone-

tazos; todavía se pueden ver sus vestidos: están de tal modo desgarrados que no presentan mas que girones teñidos de sangre, matan á M. Thiery; Loisillon, el hijo de la portera, sucumbe bajo los golpes; muchas personas caen heridas; Loisillon da un grito de agonía.

—“Ah! miserable! dicen los soldados, todavía no mueres?”

“Se agacharon y acabaron de matarlo.

“Entonces vieron á M. Bouton, acurrucado debajo de una mesa; como no estaban cargados los fusiles, lo acribillan á bayonetazos. Armaban tal zambra, que creo que todavía la oigo; en fin, vinieron otros soldados y le tiraron!...”

¿No se dirá que se acaba de leer una de esas páginas arrancadas del libro del terror, y manchadas con la sangre de Setiembre?

Estos acontecimientos causaron una profunda impresion; impresion de terror en el alma de la clase media, que se estremeció con su propio triunfo; impresion de odio en la del pueblo que juró tomar la revancha.

Por lo demas, el poder estaba en un momento de vena.

## CAPÍTULO XII.

**E**L 20 de Mayo de 1834, cinco semanas despues de los asesinatos de Lyon y de Paris, La Fayette exalaba el último suspiro.

Se dice que fué sombría la última hora de este electo de 1789 y 1830; se dice que al recordar estas dos revoluciones, de las que la primera se deslizó de sus manos para caer en la sangre, y la segunda para caer en el lodo, dudó de sí, y no se creyó verdaderamente digno del nombre de republicano que se le habia dado.

En cuanto al partido fué intenso su dolor, apesar de que sabia que no perdía un gefe, sino solo un nombre.

En cuanto á la Francia, perdía uno de sus mas valientes hijos, y uno de sus mas leales ciudadanos.

Sin embargo, este doble triunfo obtenido por el trono, en Lyon y en Paris, traía consigo alguna cosa mas terrible quizá que los acontecimientos pasados, traía el proceso de Abril.

Una simple orden del rey, la cámara de los pares, que á la sazón se ocupaba del proceso de Abril, se constituyó en corte de justicia.

Esto era violar la Carta de una manera tan fragante como no lo habia hecho Carlos X.

Decía la Carta:

“Nadie podrá ser separado de sus jueces naturales.”

Y como se sabe que nada es bastante claro para los gobiernos que tienen interes en no entender, habian añadido:

“Por consiguiente no se podrán erigir comisiones y tribunales extraordinarios por ningun título y bajo ninguna denominacion.”

Esto era preciso, no es cierto? pero nada hay preciso para los espíritus sutiles.

Se descubrió en el art. 28 un párrafo concebido en estos términos:

“La cámara de los pares conoce de los crímenes de alta traicion y de los atentados á la seguridad del Estado, *los que serán resueltos por la ley.*”

Esta ley no existía; la orden del rey violaba, pues, abiertamente la Carta.